

González Martín, M. R., Igelmo Zaldívar, J., y Jover Olmeda, G. (Eds.). (2021). *Condiciones del pensamiento crítico en el contexto educativo de inicio del siglo XXI*. FahrenHouse, 144 pp.

‘Piénselo despacio’. «No hay un método universal de pensamiento crítico» (p. 26); tampoco «existe un consenso deseable para la dinámica democrática» (p. 32). La autonomía moral es fruto de una ‘sociedad autoinstituida’ que escapa de los parámetros de la ‘industria del conocimiento’. Y lo que marca la profundidad de nuestro pensamiento es el ‘flujo del cambio’, es decir, el ritmo con el que «[se redimensiona] la propia definición de pensamiento crítico» (p. 63).

Ahora tome los parámetros de fugacidad, liquidez e instantaneidad que encarna la sociedad de lo ligero y que alza las fronteras entre las redes sociales y el corazón de la democracia. Precisamente, el pluralismo es lo que aporta significatividad y sentido a nuestras vidas. Y la educación es la que lo alienta al ser constitutiva, contingente, intercultural y de sentido inteligible, ante un devenir cuya crisis afecta a su propia razón de ser. Pero la innovación permanente reclama una sensibilización crítica y digital que también redimensiona el concepto del consenso desde una perspectiva multidimensional: la del ‘consenso conflictivo’.

Es así, con estos postulados como referencia, como el libro que tenemos entre manos ofrece una exquisita aproximación hacia el pensamiento crítico en el contexto educativo del siglo XXI. Los diferentes autores de cada capítulo franquean los límites de una temática que,

bien por defecto o por exceso, podría perder su esencia. Por consiguiente, esta obra es singular y acontece en plural para las personas vinculadas de algún u otro modo con la educación: profundiza en la comprensión del proceso de búsqueda de una alternancia teórica consistente, transforma el antagonismo en agonismo y sostiene la idea de una democracia que se extinguiría si se vaciase de significado. En definitiva, trata de orientar el sentido de la educación y de la vida misma en la realidad que hoy nos acontece.

En lo que se refiere a la procedencia de esta obra, destaca su anclaje en el proyecto I+D+i dirigido por los investigadores Gonzalo Jover Olmeda y María Rosario González Martín del grupo «Cultura Cívica y Políticas Educativas»: *Elaboración de un modelo predictivo para el desarrollo del pensamiento crítico en el uso de las redes sociales* (núm. RTI2018-095740-B-100). Así mismo, su relevante aportación a la teoría y a la filosofía de la educación se debe a las perspectivas de los múltiples autores que la han escrito y cuyos textos fueron presentados al *IX Congreso Internacional de Filosofía de la Educación* (CIFE) del 2019. En lo que se refiere a su estructura, principalmente, se distinguen tres elementos que la articulan: el metacognoscimiento, las suposiciones y las evidencias. La conjugación de estos componentes se ofrece al lector a través de tres bloques de contenido y de doce capítulos en total centrados en el pensamiento crítico desde diferentes puntos de vista.

El libro comienza con una introducción hacia la temática de cada uno de sus bloques escrita por los editores del mismo. A continuación se inaugura

el bloque I: *El pensamiento crítico y sus límites en perspectiva filosófica. Aproximaciones desde la ética y la política*. Esta sección se enmarca «en una sociedad que mediatiza toda comunicación, comercializa toda demanda y todo vínculo» (p. 19). En el primer capítulo se realiza una aproximación al concepto de radicalización desde el punto de vista del contenido, de la expresión y del contexto; como ampliación de los límites de la libertad, como conjunción entre sus diferentes vertientes (violencia, no violencia y polarización) y como eje del capital cultural, de lo público y lo privado. El segundo capítulo comienza con la distinción de los dos ámbitos fundamentales desde los que se puede abordar la noción de pensamiento crítico: el filosófico-epistemológico y el educativo-laboral. La revisión de la literatura educativa sobre el pensamiento crítico posibilita esclarecer cuatro acepciones fundamentalmente: «la lógica, la actitudinal, la productiva y la política» (p. 22). Sin embargo, la función crítica de la filosofía realza la indefinición educativa y filosófica sobre el pensamiento crítico como verdadera virtud dianoética. Y es que la cuestión clave a plantear «no es si nos hace falta pensamiento crítico, sino cuánto pensamiento crítico nos hace falta» (p. 25). El tercer capítulo reflexiona sobre el «neoliberalismo y el modo en [que] éste transforma todas las esferas de la existencia en términos económicos –incluida la de la educación–» (p. 29). Chantal Mouffe y Wendy Brown realzan la adhesión a «los valores ético-políticos de igualdad y libertad para todos [a través de un] consenso deseable para la dinámica democrática (p. 32). Por ende, el escenario postdemocrático se

abre en la brecha entre el capital humano financiado por la métrica de los negocios de la industria del conocimiento y la autonomía moral de una educación humanista centrada en el ideal de la democracia. El cuarto capítulo ahonda en el sentido de la vida y en el «concepto de virtud apoyado en la razón» (p. 40). La radicalidad y el pensamiento crítico se dan de la mano para llevar a cabo una revaluación de los valores humanos desde el siglo XIX hasta nuestros días. La reflexión educativa actual se centra en el «acto educativo como ámbito de sentido» (p. 47) y de significatividad en la vida de las personas.

El bloque II del libro explora *El pensamiento crítico y su relación con el espacio y el tiempo escolar*. El quinto capítulo pone el foco en el debate pragmático para referirse a la diferencia entre el ritmo (como cambio permanente) y el tiempo (como proceso cerrado). La experiencia implica el flujo del cambio y requiere de «los dos elementos que constituyen el ritmo: el sonido y el silencio, la quietud y la acción; [ambos], en una proporción adecuada. Y con una temporalidad también adecuada» (p. 56). En línea con John Dewey la lentitud en la educación es pues «una condición fundamental del pensamiento profundo, [...] crítico y creativo» (p. 56). Por consiguiendo el tiempo, la libertad y la disciplina podrían ser las claves para afrontar un problema de forma eficaz. Y cuestión de tacto en la enseñanza es que cada final sea también un comienzo nuevo. El sexto capítulo retoma esta última idea para proyectar el punto de encuentro entre el pensamiento crítico y la pedagogía. Concretamente, Max Van Manen

y Emmi Pikler ahondan en la solicitud pedagógica y el cuidado para el desarrollo intelectual. Así que, pese a que «la eficiencia y la competitividad emergieron como conceptos indisolubles en el discurso educativo» (p. 64), la dirección hacia la que debía ser orientada la educación requería de unas relaciones humanas adecuadas. En definitiva, somos lo que hacemos y pensamos, fruto de cómo nos tratamos. Por todo ello, esta sección ubica a «la pedagogía en lo más profundo de la relación de los docentes con el alumnado» (p. 65). Sin embargo, el sexto capítulo abre el frente de las teorías de la desescolarización en el momento de que «la crítica desbordó a las instituciones» a partir de los años setenta. El Banco Mundial en su informe *Learning for all*, la UNESCO y la OCDE también contemplaron la idea del cambio para la mejora educativa. Pero el concepto de innovación se consolidó como un medio y un fin permanente ante una transformación de la cultura genuinamente contingente. Con lo cual, la educación pasó a enfrentarse a su crisis más profunda, a su propia razón de ser, pues ¿cómo preparar para la vida adaptándose «con rapidez a los cambios que se suceden y se han de suceder» (p. 77)? Además, también habría que «repensar el contexto escolar desde una perspectiva intercultural» (p. 80) y transcultural, como plantea el séptimo capítulo. Los bagajes culturales, sociales y personales tendrían que aunarse desde una mirada ética y reflexiva para favorecer un «nosotros inclusivo» desde edades tempranas y, así, evitar la exclusión y sus implicaciones negativas en los procesos de enseñanza-aprendizaje.

El bloque III culmina con *Las condiciones del pensamiento crítico en el inicio del siglo XXI: del desafío digital a los contextos de vulnerabilidad*. El noveno capítulo profundiza en la flexibilidad, fugacidad y liquidez de los espacios virtuales, en los que «la mentira puede llegar a convertirse en una verdad enmascarada» (p. 94). El ejercicio de la deliberación democrática y el pluralismo peligran ante el efecto 'burbuja de filtros'. El propio corazón de la democracia reclama la sensibilización crítica-digital y la educación cívica. Pero el estudio del Pensamiento Crítico Digital con base en el proyecto CritiRed (dirigido por editores este libro) se emprende en el décimo capítulo, a partir del concepto de *Alfabetización Mediática e Informativa* recogido por la UNESCO en el 2008. Este incluye la creatividad y la inteligencia emocional como elementos que «abren de nuevo las puertas al uso [del] pensamiento crítico» (p. 109) y cuya inclusión es prioritaria en los sistemas educativos. En el 1980, con el *Critical Thinking Movement*, el pensamiento crítico dejó de tener una perspectiva únicamente filosófica para transformarse en una competencia social (p. 108) y, también, educativa en línea con la presente obra. Pero además, cabe añadir la necesidad de divisar un nuevo pensamiento crítico para la era digital, como plantean los dos últimos capítulos, desde el análisis del impacto de la tecnología en los diferentes ámbitos de nuestras vidas. Así que, ni tecnofilia ni tecnofobia para nuestra educación.

Paloma Castillo Labrada
Universidad Complutense de Madrid